

## **EL SECRETO DESCALZADO**

Todos ocultamos algo. Nos gusta la sensación de plenitud que transmite ese secreto a nuestras vidas. El eterno pavor a ser descubierto nos inyecta de una adrenalina vital y poderosa. Por eso, yo me siento embriagado por el poder, embebido de la magia indescriptible del que conoce algo inconfesable... Soy el dueño de un secreto ajeno.

Algunos ocultan la mirada lujuriosa y culpable tras unas gafas de sol, mientras una joven madre muestra su escote voluptuoso al arrodillarse para retocarle el pelo al niño; otros ocultan su sonrisa burlona bajo una mueca indescifrable cuando su compañero de trabajo recibe una reprimenda pública por su ineptitud; la mayoría oculta la rabia, nauseabunda y dolorosa, ante esa nueva felicidad enamorada que nos presenta un antiguo amor perdido, con una sonrisita complaciente, pero que huele a putrefacción. Disimulamos nuestros deseos, enfrascamos nuestros secretos en botellas inconfesables que jamás abrimos.

Marta ocultaba sus pies con cientos de zapatos de mil colores y formas, porque con ellos se sentía protegida. Calzarse y revestir sus lánguidos pies con aquel infinito deleite de materiales, tacones, brillos o plataformas, la transformaba y la envolvía en una nueva imagen de sí misma.

En el vestidor de aquel noveno piso no había espacio para un solo vestido. Allí se apilaban cajas y cajas de su adorado vicio: zapatos, sandalias, botines, zapatos de cuña, botas de mil colores y formas...La sandalia plateada, de infinitas tiras que se anudaban en su tobillo delicadamente, la que se enredaba en su pie como una serpiente argenta y le devolvía el enigmático misterio de alguna diosa egipcia. El zapato de salón rojo, con

el que bailaba extasiada toda la noche. La cálida babucha gris de sus inviernos, que abrigaban su alma en un reconfortante sueño de ternura. Ahí estaban todos. Y, en todos, un poco de ella misma.

Nunca supo exactamente por qué lo hacía, por qué empezó a sentir esa atracción indecorosa por los zapatos pero sí recordaba que, siendo niña, sus zapatitos de primera comunión, comprados con esmero y mil ahorros por su madre, causaron sensación entre el resto de las niñas de la parroquia. Dejó de ser Marta y se transformó en una princesa de cuento, poseída por un zapato de cristal. Y luego llegaron las zapatillas de ballet, que la hacían flotar y realizar mil piruetas etéreas. Siempre un zapato y otro, y otro más, iban marcando su existencia. Hasta que llegué yo...y todo cambió.

Aquella noche cenaba con sus compañeros de trabajo y aún no sabía cuál ponerse. Le apetecía charlar y, quizás, incitar a la coquetería, así que optó por los zapatos verdes que mostraban sus talones perfectos y que se ataban a su delicado tobillo con una finísima hebilla brillante. Recordó que los había comprado en una pequeña zapatería francesa a las afueras de Lyon. El dependiente, un atractivo veinteañero de rasgos árabes, la sedujo con la mirada, la enamoró con su palabrerío y, cuando probó el zapato en su pie marfileño, la llevó al éxtasis tras el mostrador, entre cajas y cajas de zapatos, ocultos tras un cartel de “vuelvo en 5 minutos”.

Sabía que era el zapato ideal para aquella noche. Se calzó delicadamente y sintió cómo la hebilla se aprisionaba en su pie con un magnetismo animal. Así y ahora, desnuda y vestida sólo con sus zapatos verdes podía elegir la ropa que se pondría porque, enfundada en ellos, era una persona nueva.

Acudió a la cita puntual, como siempre, y con una mirada seductora y desafiante, pero allí, en aquella mesa compartida, por primera vez, no se sintió a gusto. Alguien resplandecía más que ella; otra mujer coqueteaba y seducía más. “Pero ¿quién es?”, se dijo. Una compañera le leyó el pensamiento: - “Es la nueva de Contabilidad”.

Era, simplemente, perfecta. Una Venus sentada a su mesa con un embriajo embriagador que la incomodaba. ¿Qué extraño poder enigmático la envolvía? ¿Por qué no podía apartar la mirada de aquellos labios insinuantes? ¿Quién era esa musa desconocida que le arrebatava el protagonismo?

Cuando la muchacha se levantó y se dirigió al servicio, Marta observó detenidamente su andar curvilíneo y perfecto, su cuerpo construido al detalle en una proporción asombrosa y se detuvo un segundo eterno en sus pies. Ahí estaban los zapatos más deseables que jamás había visto.

Sobre quince centímetros de un brillante tacón plateado, se deslizaba un precioso zapato de raso color violeta. En la punta recortada sobresalían unas uñas perfectas lacadas en rojo y en el lateral exterior, una enigmática mariposa plateada desplegaba sus alas, con una delicadeza infinita, posada sobre aquel material tan sensible como seguro parecían los pies de su dueña.

Marta deseó ser aquella mariposa plateada y repasó de memoria sus catálogos mentales, preguntándose por qué no había visto jamás, en ninguna de sus tiendas de culto, ni en sus páginas favoritas, aquella belleza resplandeciente. Instintivamente, como un felino y su presa, Marta sintió la irrefrenable pasión por lo prohibido, el deseo inmenso de poseerlos...

Beatriz ocultaba su inseguridad de niña grande bajo capas y capas de maquillaje. Estudiaba matemáticamente, al milímetro, sus conversaciones, su atuendo, sus sonrisas, con el eterno pavor a equivocarse, con la infinita duda de si caería bien, si estaría siendo comedida y perfecta.

Había comenzado un nuevo trabajo, otro comienzo más en su vida, atropellada y llena de vaivenes, y ahora, más que nunca, debía ocultar sus miedos. Esos nuevos compañeros jamás debían saber que aquella diosa, armónica y equilibrada, se desmoronaba por dentro con un pestañeo, que aquel atractivo insultante ocultaba una infancia de maltratos y complejos, una familia odiosa y un doloroso secreto inconfesable.

Su máscara de pestañas, enmascaraba también aquella lágrima suicida; su labial rojizo, pintaba de color un pasado en blanco y negro; su colorete difuminado, cubría sus vergüenzas infantiles; su laca de uñas reforzaba las palizas crueles, los puños cerrados por la rabia, las uñas mordidas por el miedo. Beatriz al completo no era más que un espejismo de sí misma.

Por eso, en esa primera noche de conexión laboral, de compadreo post-oficina, necesitaba recalcar más su imagen idílica. En su minúsculo apartamento escogió el vestido, seductor y arrogante, y se calzó los zapatos de un violeta femenino y hermoso que seducían con su tacto de seda y cuyos tacones de plata deslumbraban tanto como ella. Recordó que los había elegido por aquellas mariposas plateadas de los laterales, que le recordaban su propia fragilidad omnipresente.

Durante la cena se sintió incómoda, a pesar de que notaba en ella las miradas y las sonrisas confidentes de sus compañeros, presentía una envidia rala flotando en el ambiente, una mirada inquisitiva y celosa en medio de aquel oleaje de personas sin nombre. Por ese motivo, se levantó para ir al servicio, presintiendo, de antemano, que alguien la seguiría. Dejó la puerta entreabierta y esperó frente al espejo, mientras retocaba aquellos labios carnosos y entreabiertos, de una perfección sublime...

Yo también oculto un secreto. Aquella noche lo presencié todo, Y sin embargo, qué delicioso sabor del que lo calla y lo oculta, qué regodeo en el alma cuando conoces detalles que sólo tú has presenciado.

La vi llegar, con aquella mirada culpable e insegura y cerró la puerta con llave. Frente al espejo, Beatriz perfilaba el contorno de sus labios con un trazo maestro y Marta, ahora a su lado, la miró y levantó su mano, temblorosa, detrás de su espalda. La envidia roedora que la empujó a seguirla, el impulso criminal y asesino que la inundó al ver esos zapatos en otros pies, era como la rabia demoledora del hambriento que presencia un banquete ajeno. Sus ojos desprendían furia y en sus manos, la ira tomó forma con una fuerza sobrehumana.

La melena rojiza de Beatriz caía sobre sus hombros con una delicadeza extasiante, mientras desprendía una fragancia enloquecedora. Marta acercó su mano deseosa de venganza, presa de un atroz instinto desconocido pero, instintivamente, su furor desapareció y dejó paso a una inexplicable sensación de sosiego. Dominada por ese hechizo, Marta acarició con ternura aquel cabello tentador que se ofrecía en cascada ante sus ojos.

La piel de Beatriz se descompuso en una ligera sacudida que le erizó su finísimo vello corporal. Miró a Marta intrigada y excitada y, con aquellos labios jugosos, recién coloreados, la besó con la indescriptible virginidad del primer roce, pero con una pasión oculta y desconocida durante años.

Ninguna de las dos sabía por qué se arrastraban a ese beso prohibido, pero, a la vez, tan ansiado. Marta dudaba de sí misma y aquella envidia odiosa se transformó en deseo irracional. Beatriz se sintió ante esas manos blanquecinas y dulces como la mujer más adorada y perfecta del planeta. Ambas, sin saber por qué, habían encontrado su complemento ideal.

La vorágine oculta de las dos mujeres estalló en ese servicio cerrado, frente a aquellos espejos mudos y conmigo como único testigo de su lujuria. En una marea de abrazos sensuales y vestidos desprendidos dulcemente, yo también me vi arrastrado hacia esa pasión femenina y sentí cómo el cuerpo de Beatriz se arqueaba y estallaba de placer, cómo las manos de Marta me besaban y acariciaban con un ansia golosa y brutal.

Disfruté de esa entrega profunda, de su devoción mutua, del idolatrado deseo que compartían y, cuando el sudor impregnaba sus cuerpos y la concupiscencia ardiente dejó paso a la relajación más íntima, Marta salió del servicio sin decir palabra y me arrastró con ella...

...Hoy me oculta en su vestidor, en un lugar privilegiado, oculto de miradas lascivas y de ladronas indeseadas. Me mantiene en mi pedestal, brillante, como un Dios adorado y sumiso y sólo cuando quiere volver a sentir esa pasión indecorosa, me saca de mi enclaustramiento y me limpia con dulzura, me besa y acaricia mi tacón de plata, atrapada en sus recuerdos. Soy su ejemplar perfecto, su pieza de colección más valiosa, el último trozo de su puzzle, que la transforma en ella misma.

La otra parte de mi, mi otro yo, se quedó con Beatriz en el suelo de aquel servicio de señoras. Nadie, más que ellas y yo mismo, se percató esa noche de que esas dos mujeres llevaban zapatos diferentes. Sólo ellas y yo disfrutamos de la complicidad de nuestro secreto durante el resto de aquella cena compartida.

Las sonrisas cómplices, la caricia soterrada al brindar, el beso eterno de la despedida, significaron para Marta y Beatriz un renacer, una limpieza transparente que descalzaba sus complejos y que sacaba de sus larvas de mariposa a las preciosas mujeres que siempre fueron.

Días después, Beatriz, con la misma belleza sublime, pero renovada y feliz, se tatuó, en el interior de su muslo izquierdo, aquella mariposa brillante, con las alas desplegadas, que perdió, junto con un zapato, en la mayor y más hermosa locura de su vida.

***Lema: Crisálida***